

UN OPORTUNO GIRO DE CABEZA

La moribunda yacía en la cama, vestida de un blanco sepulcral. Estaba sola ante la muerte y sabía que, antes de que ella viniese para alejarla definitivamente de la gloria del mundo, aparecería un inquilino de esta tierra nuestra, que tantas veces la había hecho sufrir lo indecible. El inquilino era conocido por varios nombres: El diablo, El demonio, Belcebú, Satán. Reflexionaba que desde pequeña se le habían cruzado situaciones o personas malvadas, pero también gente maravillosa. Con la gente excepcional, sus ojos se posaban en estos y era un disfrute para el alma y los sentidos el poder contemplar tales maravillas. Sin embargo, con las personas malvadas, sus ojos se apartaban de estos, pero casi no lo suficientemente rápido, siempre rayando un límite, el que pone diques a la insana curiosidad que convirtió a la mujer de Lot en una estatua de sal, tras darse la vuelta para ver la corrompida ciudad de Sodoma. Tras lo experimentado en toda una vida, su último día debería ser ya una lección lo suficientemente aprendida para no cometer el tremendo error de posar sus ojos sobre Belcebú como lo hicieron Adán y Eva debido, en parte, a una indiscreta sed de mal saber. Llegó el momento de su muerte y con él, la última oportunidad de que Satán la atrapara con sus garras. Un abrir por parte del mismo, con una fuerza desproporcionada, la puerta que estaba a la derecha de la cabecera de la moribunda y una mirada lanzada sobre esta, que, por un mínimo instante, pareció como si la iba a atrapar, pero que, providencialmente, no fue así, debido a la Gracia de Cristo que, con su puro espíritu, hizo que la moribunda hiciese a tiempo un oportuno y mortuorio giro de cabeza.